

Bartolomé YUN CASALILLA: *Los imperios ibéricos y la globalización de Europa (siglos XV a XVII)*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2019, 432 pp., ISBN: 978-8417747961.

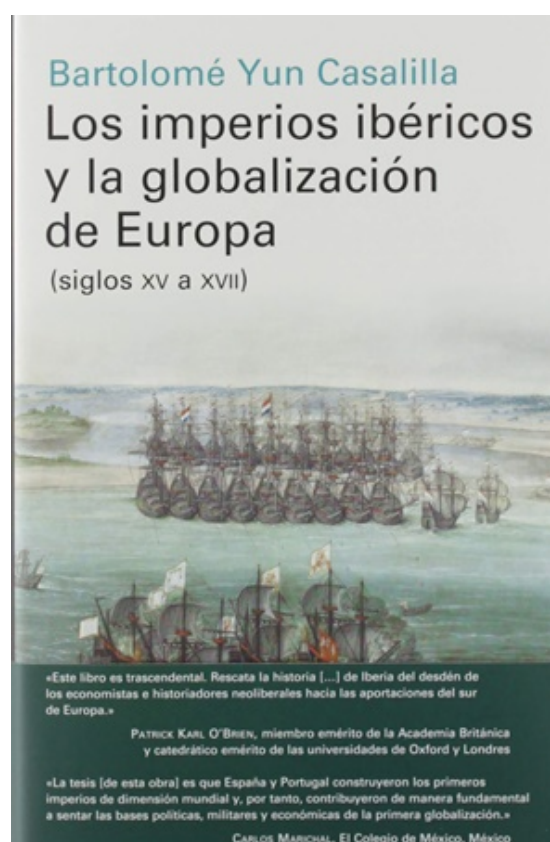
Álvaro Bermúdez Caballero
Rea Silvia

La expansión de los imperios peninsulares: una perspectiva político-económica

La búsqueda de rutas hacia Asia que los reinos de la Península Ibérica protagonizaron en el último cuarto del siglo XV fue uno de los grandes impulsos globalizadores de la Edad Moderna. Una globalización que terminó de producirse entre los siglos XVIII y XIX a manos de otras potencias, algo que ha llevado a pensar a diferentes investigadores que España y Portugal fueron imperios fallidos, estados que desaprovecharon la oportunidad que ellos mismos crearon, debido en gran medida a un sistema de valores morales que estancó a las potencias peninsulares en el Medievo. Fueron, siguiendo esta lógica, una especie de aberración histórica, dos casos excepcionales que, de algún modo, estaban destinados a fracasar.

Esta lógica, no obstante, está cada vez más discutida y las nuevas investigaciones apuestan por un panorama diferente. Es en esta línea de pensamiento en la que se sitúa *Los imperios ibéricos y la globalización de Europa (siglos XV a XVII)*, de Bartolomé Yun Casalilla, un estudio que desde la historia comparada propone que Portugal y España no fueron casos excepcionales y que, en todo caso, presentaron variables, que no excepciones, en comparación con otros reinos de finales de la Edad Media y comienzos de la Edad Moderna.

Esta premisa no es enteramente nueva, y Yun Casalilla se nutre de un buen número de investigaciones que han aportado diferentes argumentos al debate, pero ha conseguido proponer una obra original centrada en la política y la economía de los imperios ibéricos. Aunque no deja de lado los grandes acontecimientos, el foco de la obra está puesto sobre cómo funcionaban, se interrelacionaban y cambiaron estos sistemas políticos y económicos durante tres siglos y qué diferencias y similitudes presentaban con otras potencias del entorno europeo. Todo esto lo hace con un claro interés divul-



gativo para que este debate, de actualidad en el mundo académico, llegue a la mayor cantidad de público posible. Un objetivo que consigue con una escritura culta pero transparente, asequible para todo tipo de lector, que transmite de manera sencilla las complejidades históricas a las que se enfrenta el investigador.

Los imperios ibéricos y la globalización de Europa está dividido en tres grandes partes que van construyendo la tesis del libro en sentido cronológico. Yun Casalilla comienza con el estado de la exploración y el comercio en el siglo XV, explicando cómo y por qué los reinos peninsulares se convirtieron en agentes globalizadores. Desde estos primeros compases ya vemos cómo el autor rechaza las simplezas y se adentra en las complejidades; señala, con acierto, que no era la primera vez que se producía un proceso globalizador (Imperio romano y Genghis Khan) ni en estos siglos Europa fue la única parte del mundo que contribuyó a globalizar (Rusia y el Imperio otomano). De hecho, es muy interesante cómo sitúa la búsqueda de rutas de Portugal y España como parte de un proceso globalizador que ya estaba sucediendo, donde el resurgir del Mediterráneo desde los viajes de Marco Polo, el ascenso otomano y el cobro en plata de China impulsó la expansión peninsular por el Atlántico en busca de nuevas rutas, tierras, esclavos y plata.

Del mismo modo, esta expansión servía, tanto en el lado portugués como en el castellano-aragonés, para calmar y canalizar conflictos internos entre las coronas y las élites. Este complicado equilibrio de poderes y aspiraciones generaba tensiones constantes que no siempre era posible calmar, de hecho, el siglo XV peninsular (menos en Portugal) fue convulso y debilitó a Castilla y Aragón hasta que Isabel y Fernando consiguieron dotar de estabilidad a ambos reinos. Una de las claves de ese éxito se debió a las oportunidades que presentó la expansión (un factor de sumo interés porque nos sirve para tratar de entender con mayor profundidad otros conflictos de este y otros periodos), ya que posibilitó nuevas negociaciones entre la Corona y las élites. Las conquistas añadían nuevas cartas a la baraja con la que los monarcas negociaban con el clero, la nobleza y el patriciado de las ciudades. De este modo, las guerras se revelan no sólo como ocasiones para defender o extender la religión, acceder a nuevos recursos o, en líneas generales, ganar poder, sino que alivian tensiones a la par que ofrecen nuevas oportunidades, es decir, pueden ser tan necesarias para el equilibrio interno como deseables para proyectar poder hacia fuera.

Pero estas nuevas oportunidades que España y Portugal tuvieron en la expansión ultramarina generaron con el tiempo nuevas tensiones. Dada la naturaleza de estas conquistas, donde las élites tuvieron una importancia capital, se formaron redes personales que llegaron a ser transnacionales, con unos intereses que no siempre coincidían con los de los monarcas. No obstante, estas dificultades no eran exclusivas de España y Portugal. Al contrario, encontramos tensiones similares entre las coronas y las élites de toda Europa, y la expansión siempre suponía una oportunidad para aliviarlas. Era algo habitual en la época, por lo que no había atisbo de excepcionalidad, lo que sí existían, como es habitual, eran variables en función de las tradiciones y el contexto coyuntural y estructural.

La llegada de los portugueses a Asia y de los castellanos a América amplió sobremanera las posibilidades de ambos reinos para negociar con las élites, al mismo tiempo que introducía problemas al rompecabezas: el de los territorios dispersos. Esta

dificultad fue especialmente compleja en el caso español desde el momento en el que Isabel y Fernando se adentraron en la unión dinástica que terminó de materializarse con Carlos I en 1516. Esta unión de reinos, a la que Yun Casalilla se refiere como monarquía compuesta, tenía que equilibrar las habituales tensiones entre la Corona y las élites, entre los diferentes territorios y con las pretensiones imperiales del futuro emperador. Nuevamente, no se trata de un problema que sólo sufrieran los Habsburgo en España, lo que sí es cierto es que la naturaleza dispersa de esta composición de reinos suponía una dificultad añadida. De nuevo variables, no excepciones.

Estas tensiones explotaron con las Comunidades y las Germanías, y fueron hasta cierto punto solventadas. Los diferentes territorios no querían aportar dinero para los problemas de otros o, en esencia, para cualquier empresa que no reportara beneficios directos al territorio al que se aplicaban nuevos impuestos. Las tensiones se minimizaron mediante un acuerdo por el que las cortes y las ciudades recaudaban sus propios impuestos. Se conseguía así menos dinero, pero se hacía de manera más estable, posibilitando a la monarquía bajar los tipos de interés de sus préstamos gracias a panoramas económicos más previsibles.

Como explica Yun Casalilla, la expansión fue una oportunidad para las élites ibéricas y acabaron desarrollando redes personales transnacionales propias de un mundo cada vez más globalizado y mezclado (fue un proceso lento que llevó siglos). Estas redes llegaron a competir con el Estado, de modo que se replicaba un problema viejo en un contexto nuevo. Además, estas nuevas élites ultramarinas vivían en entornos diferentes con necesidades propias y llegaron a demandar una cantidad de bienes que sus metrópolis no podían cubrir. Es decir, Portugal y Castilla se lanzaron a la globalización, pero ni muchos menos eran capaces de controlarla. Estas nuevas regiones tenían sus propias redes comerciales y sus contextos políticos, con lo que las guerras internas de Asia afectaban a las colonias. Los imperios ibéricos, sencillamente, no podían controlar todo esto.

El sistema imperial fue capaz de encontrar estabilidad y fortaleza, pero al mismo tiempo tenía debilidades que, explotadas, podían devenir en inestabilidades. Tampoco nada de esto, como señala Yun Casalilla, era exclusivo de los imperios ibéricos. De hecho, las dificultades para mantener operativas estas enormes redes ha sido un problema que ha afectado a todos los sistemas imperiales. E incluso con estas dificultades los Habsburgo consiguieron su principal objetivo, que fue detener a los otomanos, y lo hicieron en un marco internacional de creciente competencia por el acceso al comercio global.

Lo que Yun Casalilla hace en *Los imperios ibéricos y la globalización de Europa* no es estudiar la historia en clave positiva o negativa, sino tratar de comprender a España y Portugal durante los siglos XV, XVI y XVII, es decir, en su contexto. Y para el autor ambas monarquías consiguieron crear imperios que funcionaron, cada uno con sus particularidades pero que, al mismo tiempo, sufrían problemas similares y en no pocas ocasiones encontraban soluciones parecidas. Algo que, empleando el rico marco que ofrece la historia comparada, también se puede encontrar en otros estados europeos del momento. Es lo bueno de este enfoque, y justamente lo que señala el autor en la introducción del libro, que convierte las aberraciones en variantes.

Fue con el paso del tiempo cuando el sistema imperial Habsburgo (que incorporó a Portugal entre 1580 y 1640) se enfrentó a demasiadas dificultades. Aunque consiguió detener el avance otomano en el Mediterráneo, la competencia de Inglaterra y Países Bajos por acceder al comercio global se endureció, y ambos estados consiguieron introducirse en las redes comerciales y atacaron algunos nudos esenciales que mantenían el imperio unido. Al mismo tiempo, las redes personales transnacionales cada vez tenían más fuerza, penetrando en instituciones de tal manera que los monarcas veían recortadas algunas de sus capacidades. La corrupción de estas redes fue otro factor que dañó al imperio e hizo necesarias nuevas negociaciones para solventar los problemas que causaba.

¿Fueron los imperios ibéricos incapaces de salvar las dificultades que encontraron? ¿Intentaron acaso cambiar y adaptarse o fueron incapaces y quedaron como estados fallidos y estancados por los siglos? Ciertamente es que hubo problemas económicos en la Península derivados de diferentes causas, pero, apunta Yun Casalilla, no fueron generalizados, y mientras algunas zonas se estancaron otras crecieron. También queda claro, y esto se sabe desde hace décadas, que hubo reformas, aunque muchas se quedaron a medias. El caso de la Unión de Armas de Olivares es una clara prueba de la búsqueda de soluciones. No todas surtieron el efecto deseado y, como es habitual, otras crearon nuevas dificultades, cuando no rebeliones. Pero la monarquía se adaptó a un mundo cambiante en el que, poco a poco, perdía poder. Falta, como señala el autor, un estudio comparado que se adentre en el XVIII y que muestre recuperación y cambios políticos peninsulares y los sitúe en el contexto europeo.

Los imperios ibéricos y la globalización de Europa (siglos XV a XVII) es un libro conciso pero amplio. Yun Casalilla trata siempre de buscar la multiplicidad de factores que causan los procesos, algo que consigue transmitir de manera sencilla, y es ese el camino que creo que debe buscar la historiografía, y también la divulgación. Por eso es un libro amplio, y porque explica los imperios ibéricos no sólo desde dentro, sino teniendo en cuenta cómo les afectó su entorno. España y Portugal fueron agentes globalizadores que, a pesar de tener buenos mimbres para tamaña empresa, fueron arrasados por las inasibles redes personales y comerciales de un orbe que no giraba al ritmo ibérico.